

posa que la tiene en casa, que como es de buen parecer, sera lástima que ande de casa en casa. Esto dice el que usa tales yerros; la mujer no trata mas que del servicio de Dios; es sana, no tiene malicias, y cree que todos son así. Vase á misa, y aunque tarde, por oír dos ó tres, y se queda á sermón si ve disposición de que le ha de haber, no la pide cuenta el señor, como queda entretenido con aquel disgusto que por gusto tiene.

En ciertas partes del mundo he oído decir que se crían centauros ó sagitarios; son unos brutos que de medio cuerpo arriba parecen hombres, y de medio abajo caballos; yo no los he visto en estas partes, pero sé que se crían en Madrid muchos que parecen hombres, y son brutos; y así, á quien vive como he referido le daré este aviso, diciéndole: Hombre al parecer, mira que no tienes razón, que la una es la que Dios te dió por esposa, y esotra es una moza deservicio, que te tiene fuera de tí, comiéndote la hacienda, enfermándote el cuerpo, y encenagándote el alma; abre los ojos del entendimiento y mira que, sin que tú lo sepas, con lo que á tí te quita, sustenta días ha á un lacayo de valonas y medias, porque es mozo de brios, y ahora mira no de mala gana á un criado de un alcalde, porque trae colete y vaina abierta; mira con los personajes que se emplea tu dama ó tu criada. Puedes creer, prosiguió Juanillo, que no es murmurar lo que te voy á decir, que no todas estas salen estériles, que algunas se llenan de huesos la barriga, y viéndolo el agresor, como va creciendo el bulto, le juzga por suyo, sin reparar en que pueden haber trabajado muchos en aquella obra. Procura buscarla dónde esté, que tenerla en casa ya fuera demasía de falta de vergüenza. A su mujer la dice que ya no hay que creer en ninguna moza, que mire quién pensara tal de una muchacha como aquella. Halla dónde esté, que no faltan unas pasadas ollas, que ya quebraron, y sus cascotes sirven de tapar otras nuevas. Esto hace, si acaso su desvergüenza no la consiente parir en casa, haciendo á su esposa que la sirva y regale, y crie como á hijo lo que pare, dándole por ello muchas pesadumbres, si acaso no pasa á tratarla mal de obra.

Pare fuera de casa por fin y postre de aquel lance; y apenas lo arroja, cuando lo da á criar, ó echa adonde la piedad los cria; hállese la recién parida con los pechos cargados; anda dolorida quejándose. La que la acude, consejera á mas no poder, la dice que si fuera ella, que buscara cria; parécete bien la lición, y sin dar cuenta á su amo, van juntas á la casa de una buena señora, que llaman capitana de gente lechal, que vive á Lavapiés; búscala una casa de unos señores que tienen poder de hacienda, con que sustentan criados y criadas. Es la primera criatura que han tenido; empieza á darla el pecho, y á pocos días se le luce á lo recién nacido el cuidado de la ama; los señores muy contentos empiezan á darla el vestido, la joya y otras alhajas que la generosidad del poder reparte con quien le agrada. Hállese mujer de prendas, y con la quietud y el recogimiento está de buen parecer; y ella, que no lo tiene á novedad el saberse engerir, úsalo ahora con mas libertad, con

que se pone de luna llena la que no ha salido de meneguante. Repara en ella un criado de los de escalera arriba; véla moza y de buena cara, con buenas alhajas, querida de sus amos, y envidiada de las demás criadas; empieza á galantearla para esposa; ella lo conoce, y se pone mas hueca que calabaza añeja, y entre la gravedad y la estimación, no la parece mal, ni le paga en mala moneda; habla el pretendiente á sus amos del intento que tiene, y gustan de su acierto, porque han sabido de su boca de ella que con palabra de casaréme contigo la hubo un caballero, y el día que se habian de sacar los recados para amonestarse, le mataron, quedando preñada, y que lo que parió se murió. En fin, se ajusta, porque quiere sombra de marido; y ya tiene creída su autoridad con la compuesta mentira, pues con la mascarilla del engaño tapó la infamia de sus obras. Cásanse muy á gusto; porque ella ha conocido en él buena masa, que es lo que ha menester su condicioncilla; hállese con marido, y al instante toma don, que luego las entra á estas fregatrices como heredado, habiéndosele hallado entre las hebras de un estropajo. De mi señora doña Fulana no se ha olvidado su primer amo; sabe que se ha casado, y procura por los medios posibles el verla; consíguelo por orden de la que la tuvo en su casa cuando parió, que razon es que una veleta sirva á todos vientos. Caréanse, y el buen señor la habla muy tierno, pareciéndole mas hermosa que nunca; representala cosas pasadas, deudas y obligaciones que se tienen; ella, que aun no las ha olvidado, se va ablandando poco á poco, y con el reconocimiento de lo referido, vuelve la conversación antigua con mas fuerza que antes.

Acaba de criar; los señores no quieren en casa criados casados; danla mucho mas de lo que la deben, y á él tambien y despídenlos. Sale enseñada á que la llamen doña Fulana, que la suena bien, y á romper galas, que no la parecen mal; su marido no puede dárselas, y ya le mira como á hombre inútil, que no merecía ser su esposo; ya le utraja, como le ha conocido blando, y mostrándole un hociquillo desabrado, le dice que cuándo pensó el piojoso tener tal mujer; que ella debía de estar fuera de sí, cuando tal hizo; que trate de buscar con que ella sustente aquel punto en que se ha criado, porque no ha de bajar dél. El pobre hombre se aburre, y viven no muy en paz, porque lo quiere así mi señora doña Fulana.

Si esta desvanecida mujer, que, siendo una pobre moza de servicio, y sabe Dios si nació en las malvas, ya que la sucedió el trabajo que sabe, y Dios la remedió y soldóla quiebra de su honra, y la ha puesto en el estado que está, que parece algo y es nada, tratara de arriarse á la virtud, vistiendo honestamente, ya fuera seguir la ley de Dios, y estimando á su esposo, se acordara quién fué y reparara quién es, sin olvidarse de lo que ha de ser, y que sus galas y hormosura, si la tiene, han de parar en nada, ó contemplara en el pavo, cuando forma la rueda, encrespando su pluma y tendiendo las alas, alentando sus venas con el caudal de su sangre,

pareciéndole entonces estar mas hermoso, lozano y galan que jamás, pero en medio de esta alegría baja los ojos á la tierra, y como ve toda aquella fanfarrona hermosura fundada sobre cimientos frágiles y asquerosos y ve el lugar donde ha de parar, le sobreviene una melancolía tan grande, que le obliga á deshacer toda aquella máquina que habia formado, quedando triste, pensativo, pálido y melancólico. Haz tú lo mismo, y mira, ya que no á tu nacimiento, á la tierra de que eres formado, contemplando en ella tu mas seguro lugar; y haciéndolo así, la tristeza te hará dejar tanto adorno, y recoger las redes y lazos que encubiertos traes en ese traje, que para contentar á Dios todo eso sobra, y para tu marido mucho menos basta.

Y tú, señor, que, siendo tu criada, violaste el sagrado y guarda de tus menores, pues en lugar de doctrina y buen ejemplo los enseñaste á pecar, siendo causa de cuanto hace esa mujer, pues verdaderamente tú tienes la culpa, que hiciste tu casa casa de pecar, habiendo de ser y parecer un sagrado y guarda de tus súbditos, pues el primer enseño es lo que no se olvida con facilidad, y la misma obligacion tenias á tu criada que á tus hijos, pues todos son menores tuyos, ¿por qué no dejas á esa mujer? Por qué no reparas que es ya otro tiempo, pues es casada? Y no tan solamente debes dejarla, que tambien la has de dar consejos sanos para que no ejercite lo que la has enseñado. Déjala que acuda á lo que Dios manda, y mira que tienes en tu casa una buena cristiana por esposa, que no habrá duda en que sus oraciones te tengan en pié. Vuelve en tí, mira que son contrarios y muy opuestos la vida y la muerte, y que reinando la muerte, acaba la vida, y aunque la vida sea reina y señora, no acaba con la muerte; lo mas que hace es no hacer caso della, siendo tan cierta. Tambien el cuerpo y la alma tienen esta contrariedad, y muy reñida, y es menester enfrenar el cuerpo con recio bocado, para que no la lleve ó guie al despeñadero, ni la inquiete á solos sus apetitos. Mira que el caballo huye del acicate que le hiere, y por apartase á su entender del daño que recibe, se va al despeñadero, si no le refrenara y detuviera el jinete haciéndole meter por camino. El alma siempre se desvela por guiar al cuerpo á buenos pasos, refrenándole y aconsejándole lo bueno, para que no se pierda y la pierda; pero él huye deste acicate que le parece mal, y no procura mas gobierno que el suyo, hasta que la edad ó la enfermedad le ablanda, y no repara que la vida es breve y puede ser muy breve la enfermedad.

Hállese un cuerpo malo de una recia calentura, y toda su ansia es pedir agua, siendo lo que mas le acrecienta el mal, pues no es mas que dar vigor á la materia para que vuelva á encenderse con mas fuerza, y le parece mal la regla del médico y de quien le asiste, pues procura con la abstinencia que mejore, y él solo mira su gusto aunque empeore. Mira que al oído del discreto hace ruido gustoso el consejo sano, y nadie se arrepiente si primero mira el fin que le puede resultar en lo que va á ejecutar, pues como avisado de sí mismo,

no yerra con facilidad; nadie huye de la razón si tiene juicio, y si huye, téngale por loco; quien arrima ó arrinconna el matrimonio de Dios por una vil mujer, merece el castigo que el lupon. Es un animal que se cria en el Ponto de Grecia, isla del mar; así que la edad le da permiso y conocimiento, escoge para vivir en compañía una hembra de las que con él se han criado, ó una la mas cercana que le haya mostrado mas amor; con ella pasa quieto y contento; pero algunos viciosos buscan otra por diferenciar, y es tal su calidad, que en el mismo acto se quedan muertos, y ellas enferman, siendo causa que en el contento de la novedad, como es animal de poca posibilidad, se desama; púedese creer, pues el conejo despues del acto se desmaya y cae en el suelo pataleando, como á quien faltan fuerzas para volver en sí. Tambien las palomas, y una vez casadas, no buscan mas compañía; pero son aves sin hiel, y los hombres de estos tiempos tienen mucha. Si te ciega lo adornado del rostro y compuesto de galas de esa que fué tu criada, mira lo adornado y hermoso del alma de la que por consorte te dió el cielo. Mira que un cuerpo lascivo no puede dar ni aconsejar mas de como obra, que todo lo acaba la vida, y que una alma amiga de Dios da consejos sanos y buenos. Repara que si caes malo, sola es tu esposa la que hecha un argos vigilante se desvela en acudirte, mirando por tu salud, arriesgando su persona entre ansias y trabajos; y la mala mujer solo te quiere en tus adversidades y en el interin que tienes que darla, que en faltando en tí el poder, falta en ella la voluntad y el fingido amor, y te va dejando para buscar otro, y puede ser ponerte en ocasion que pierdas la vida y arriesgues el alma. Repara con el sosiego que se pasa el tiempo, si se gasta como se debe, acudiendo á lo que Dios manda; pero busca sosiego, quietud ni tiempo en vida que no se conoce el tiempo, sosiego ni quietud, que en servicio del demonio todo falta; y muchas veces dos lágrimas que llora el engañoso cocodrilo te ablandan y vuelven á su gusto, y las mas veces solo el que diga que las ha derramado; y un océano de ansias y suspiros que ha arrojado tu esposa, aconsejándote lo que te está bien, no ha hecho señal en tu corazón, pues parece que le vuelves bronce. No seas desagradecido á quien te crió, que es gran maldad, y aunque la vida se ve arruinada de la muerte, y estragada la calidad de la pobreza, mucho mas acaba y destruye la ingratitud, usándola con quien generosamente hace mercedes; muy falto de conocimiento está el que no repara en el nacimiento de gracias que debe por la vida que goza; y mire por fin que el agradecer no consiste en palabras, en obras consiste.

## DISCURSO IV.

Solo es vida el reconocimiento á la deuda, y así dijo un sabio que no habia mayor muerte para la criatura que la ingratitud; y el que la tiene es ignorante; y se verá en él, pues sus obras van guarnecidas de tiranía y temeridad, con que se da á conocer en diferenciarse el prudente y sabio; pues este usa modestia y templan-

za en todo lo que obra. Agradecido te estoy, dijo Onofre, en dar luz á la tiniebla de mi ignorancia con el discurso que en tí he conocido; pues poco daño puede causar quien sabe dar liciones de vivir bien; dichoso es el que, buscando guía en un camino ignorado, la halla, sin la hambrienta pasión del interés, atenta á la obligación de cristiano, y discursiva en lo que debe hacer y decir, como mortal que desea vivir eternidades; y así, Juan, confieso que tengo envidia á tu buen natural. Mucha paga me adelantas, dijo Juanillo, y yo me conozco el que he de quedar corto en servirte; pero cree que en lo que has oído no he puesto nada que no pase así; y así, escucha, ya que el ver esta plaza en un día de toros no puede ser por ahora, te la pintaré lo mejor que mi discurso pueda, desembarazada de la máquina de trastos que ves que encierra. Y habiendo Juanillo con el pincel del alma pintado el adorno real, sitio de los católicos reyes, pasando á los puestos de los reales consejos, lo pulido y compuesto de los balcones y ventanas á quien adornan el oro de Arabia y el indiano metal, gastado en vistosas y ricas coladuras, la entrada de las reales guardias, el aire y gala con arrogante bizarría de la española nación, lo grave y majestuoso de la tropa alemana, lo riguroso y colérico de la nación tedesca, la entrada del sol y luna de España y el despojo de la plaza; y despues de contarle lo mas notable que se ofrece, hasta la salida del primer toro, y habiendo conocido en Onofre lo atento y suspenso que le habia escuchado, le dijo: Pues has oído la prevencion de la fiesta, quiero que sepas algo de lo mucho que en tal día sucede.

Viene por la mañana tanta gente al encierro de los toros, que no queda lugar que no se ocupe. Córrense cuatro ó seis dellos, y acábase la fiesta, y la gente que ocupaba los tablados se apea para cubrir la plaza. Bájase de un tablado un hombre de casa y familia, sacudiendo la capa y limpiando el sombrero de algunos arrojos que las narices de otros han tenido, sufrimiento del que no puede ver la fiesta en balcon, y despues de compuesto de hato, y no de ojos, los vuelve á un tablado, y ve que se baja una mujer de razonable brio y no mala cara, bien apreada de vestidos, que ya es comun en las comunes, y en su compañía una niña de las que la edad las permite sepan lo que es mundo, gozando de sus pasatiempos. Al apearse del tablado descubre un pulido pié, y la pierna adornada con lo que ya se sabe, echando al aire parte de las enaguas con todas sus puntas, desecado es con mucho cuidado, porque sabe que aquello inquieta; hace reparo en que la miran, arroja un ay, y se echa el manto; compónese, y con brevedad descubre un tarazon de rostro, á modo de mirame que eso quiero, y dice: Anda, doña Luisa. El tal hombre, que atento ha estado, pareciéndole bien la dama, se llega á ella muy cortés, diciendo si le mandan algo, ó quieren que las vaya sirviendo. Respóndele: Otra cosa habíamos menester, mas que criados. ¿Pues qué se ofrece? las dice. Hablen, no sean tontas. A lo que la taimada responde: En ayunas salimos de casa, y qui-

siéramos almorzar, y pues ha llegado á tan buen tiempo, guie adonde se pueda matar el gusanillo, que por parecernos tarde aun no tomamos chocolate. El hombre, hecho un blando portugués, guía mas cortés que la necesidad, enviando el pensamiento adonde habrá buena comodidad, y entre su atropellado discurso, se le acuerda de una casa que, aunque roba á ojos abiertos y de todo, hay lugar para poder hablar; llegan, y procura el acomodarlas en lo mas secreto y escondido, porque ha dicho la dama que conviene á su reputacion. Parte luego muy diligente, y pregunta: ¿Qué hay que almorzar? Respóndele que pollas de leche, perdices y pichones, y que hay tocino extremeño. Parecele bien, aunque repara que su dinero es poco, pero alégrase en confianza de una caja de plata y el rosario, que es engarzado en lo mismo y tiene medallas; vuelve muy contento adonde están las taimadas, y dice que miren de aquello que le han ofrecido lo que mas es de su gusto para ir por ello. Respóndele que haga lo que quisiere, que no tienen mas gusto que el suyo: vuelve muy contento con gran cuidado en el andar, peinándose con los dedos el pelo, alabando su dicha en haber topado tal dama, y pide que le aderecen una polla y un par de perdices, y con mucha brevedad se lo ponen en dos platos, con que muy contento lo lleva, sin aguardar mas criado; dícenle que se siente, y responde que en trayendo pan y vino; van por ello, y en el ínter el ave de rapiña ha guardado una perdim en una talega de lienzo que trae debajo de la saya, prevencion con que tiene gran cuenta siempre que se viste, por si acaso sale de casa y se ofrece ocasion; van trinchanto, y viene el bobo muy cargado con un jarro, una taza, tres panecillos, y la capa, porque se le caía, asida con la boca, y el sombrero abollado y trastornado á un lado de un tropezon que dió en el umbral de una puerta, el pelo emmarañado, y el color perdido, como el dinero y el sentido; pónelo en la mesa y siéntase. Ellas, como diestras, cada una ase su media pechuga, y el pobre diablo toma un hueso para empezar á roer; vásele todo en contemplar las manos de su Venus, muy compuestas de sortijas, que ha ganado corriendola; á él se le va el alma mirándola el rostro, y á ellas mirando á la mejor presa. Parten la polla, y dícenle que pida un limon; va por él, y cuando vuelve ya las pechugas están en la talega de lienzo; echan agrio, y empiezan á comer con tanta ansia, que parece que las han tenido atadas. Abrevian con ello, y dice el Adonis si quieren mas. Responden que si son buenos, pida unos pichones, y si no, que traiga un poco de tocino; va por ello, y traelo todo; pónelo en la mesa, y echa mano al jarro á ver si tiene vino, aunque le habia socorrido con una azumbre y le habian faltado los brios para hacer ruido; va por vino, y aguardando á que se lo dén, tarda; y en aquel tiempo envian un pichon y un pedazo de tocino á visitar los presos del calabozo de lino; acábase el almuerzo con sus postres de fruta del tiempo, y el rufian pagote va al ajuste del gasto. Pregunta cuánto debe. Dícenle que cincuenta reales, y buen provecho. Estírase de cejas,

saca su dinero, halla treinta, y por la resta deja cautivo el rosario y empeñada la caja de plata. Este hombre tiene casa, y en ella á su mujer y sus hijos, y no los dejó ni aun pan para desayunarse, que al salir por la mañana barrió con cuanto dinero habia, diciendo que presto volveria y traeria que comer. Va donde están las aves de rapiña, componiéndose el bigote; siéntase junto á la que ya tiene por dama, y pídele una mano, á lo que responde la taimada que tenga paciencia y no sea colérico, que mire que no es sitio decente para tal atrevimiento, y no miran ellas que en aquel sitio han sido ladronas estafadoras. Alérgale una mano, enfadada de aquel tonto y ciego, y él asido como simple pajarrillo de aquella apastada liga, la pregunta dónde vive y si es casada. Ella responde que no es casada, pero que está en compañía de un hermano, y dice verdad, que cualquiera lo es por parte de Adán. Estando en estos lances, da la una del día, y dice doña Luisita: ¡Jesus mil veces! Doña Juana de mi corazón, ¿á qué hora hemos de ir á casa, y qué lugar tendremos para ver los toros! ¡Ay, pobre de mí! Sosiégate, dice doña Juana, que mentira mas ó menos lo ha de hacer; dirémos que una amiga nos convidó á comer y adonde ver la fiesta, que eso fué la causa de no haber ido á casa. Con esto se sosiegan, y el señor embelesado dice que mejor fuera en el ínter que duraba la fiesta fuesen al campo ó á una huerta á merendar, que la holgura de toros ya se sabe qué es en Madrid. ¡Ay, Virgen! dice doña Luisita, ¿al campo, adonde vaya un toro y nos mate? Eso no. Y doña Juana, astuta y sosegada, dice: ¿Es posible que aconseje un hombre tal disparate? ¿Vienen de fuera de Madrid á ver esta fiesta, y los del lugar la habíamos de perder? Bien digo yo que es vuesa merced colérico; despues de acabada, hay lugar para todo; y así, no perdamos tiempo; vamos, y busquemos lugares que sean decentes y buenos. El hombre, ya empeñado, discurre que el dejarlas será cobardía, y mengua el no proseguir en el galanteo, como si no fuera mayor mengua el continuar el hombre su ruina. Pónelo confuso el que la memoria le acuerda que no tiene blanca, y sácale de la pena el que carpinteros hay que han armado tablados y son conocidos, con que vuelven á la plaza.

En el estado que va este hombre, ¿quién le acordará y dirá al oído: Repara que tu casa quedó sin un consuelo para comer; bien sabes que no dejaste moneda alguna, y que tienes hijos, que si son chicos, piden pan antes de amanecer, que tienes mujer; que son las dos de la tarde? En vano será, porque todo el sentimiento le lleva en buscar un tablaero conocido; entran en ella, y hé que ya no cabe nadie en sus tablados: ellas se angustian, y él turbado y mas colorado que pimiento maduro, las dice que anden apriesa; hácenlo, y con brevedad dan vuelta á la mayor parte de la plaza; ve un conocido, dueño de un tablado; llámale, y pídele dos asientos que sean buenos; el carpintero, que ha notado para quién son, y sabe que en tales lances no se repara en maravedises, dice que dos lugares tie-

ne en un nicho, pero que menos de seis reales de á ocho no los ha de dar; y el galán, sin reparar en que los ha de pagar, y que el precio es mucho, cierra el batallon del amor contra todos sus sentidos, y ajusta los lugares. Siéntanse las damas, y él se queda en la plaza; el del tablado le pide el dinero, diciendo que lo ha menester para pagar el sitio; y él, como si tuviera en su casa mil ducados sobrados, le dice que envíe luego ó en amaneciendo por ellos. El tablaero, como ve ya sentadas las mujeres, calla y apela á la cobranza; luego hace reparo que es fuerza el traerlas algo que merendar, y con señas las dice que va por ello; ellas le responden en la misma frase que hará bien, que es la tarde larga, y ya se lo querian decir. Sale de la plaza, y pide consejo á todo su discurso sobre dónde irá que le presten unos cuartos; acórdase de un amigo que en algunas ocasiones se le ha ofrecido, y aunque muchas le ha habido menester, no ha llegado por detenerle la vergüenza; pero ahora llega sin ella, que se la quita el demonio para que cumpla con él; que para cumplir con lo que Dios manda, él se la volverá. Y porque esta razon quede definida, prosiguió Juanillo, escucha un ejemplo, que no te pesará el oírle, y nos sacará de dudas.

Salía de su celda un santo religioso en un día que se celebraba un grande jubileo en su casa, con intento, aunque impedido, de buscar lugar decente y confesar almas arrepentidas; y para hacerlo mejor, se llegó al altar mayor para pedir á Dios sacramentado su divino auxilio, y al llegar á sus gradas vió sentado en ellas un demonio. Admiróse el religioso, y llegándose cerca dél, le dijo: ¿Qué haces ahí, maldito? A lo que respondió el padre del pecado: Restituir. Bueno es, dijo el religioso, pero en tí no sé que lo sea, pues hasta ahora no he visto diablo que tenga conciencia; pero dime qué restituyes. Excusaba el responder, á lo que el santo le forzó, amenazándole con una correa ó cordón, con que obedeció, diciendo: Restituyo la vergüenza á estos que se están confesando, que cuando cometieron la culpa se la quité, y ahora, que han de decirla, con la vergüenza que les vuelvo, cobran tanto horror, que avergonzados callan su afrenta. Bien te empleas, dijo el religioso; pero en castigo de tu atrevimiento, di en voz alta en qué te ocupabas, y quién eres, y vete, que basta para castigo de un malo el que él propio diga que lo es. Obedeció el maldito, con que todos los que penitentemente acudian, contritos especulaban su conciencia con rigor. Y así, este hombre, si fuera para las faltas del sustento de su casa, lleno de vergüenza, se encogiera; pero para lograr un pecado mortal, pierde la vergüenza.

Llegó, en fin, al tal amigo, y saludándole le da ocasion que le pregunte qué se le ofrece. Responde el enamorado que ha tenido una pesadumbre en la plaza, y que por no alejarse á su casa para pagar á un ministro el agasajo que le ha hecho en no prenderle, le dé cincuenta reales. El hombre diligente le da un doblon, y dícele que mire si manda otra cosa. Responde

que desear ocasion de servirle, que le ha hecho mucha merced; despídese, y parte en busca de un figon ó ladronera, que mejor nombre es este para tal tienda; pide si hay algo para merendar; dicenle que no. Va en busca de otro, como un loco desatado, sin compás en el andar, ni reparo en los que encuentra, ni atencion de su persona. Halla en él una empanada de pollos tan ligera, que verdaderamente parece en pan nada. Pregunta si hay mas. Dícenle que unas lenguas de puerco; tómalas, pide pan, y sin concertar ni preguntar cuánto lo llevan por ello, alarga el doblon, y pide la resta. Dánle lo que quieren, y sin contar lo echa en la faltriquera. Luego se le acuerda que es menester bebida; y en la tienda de un vidriero conocido pide que le den una garrafa; dánle una muy grande, porque como el dia es acasionado, no ha quedado otra; tómalala jugando de aquel refran de su suelo se tiene; busca un mozo, y échala vino y nieve; y aunque es grande, procura que no vaya menguada, que harto lo es él. Parte á la plaza, y ya cuando llega todo está cerrado y toro fuera; y como anda por las espaldas de los tablados, y está oscuro, y él ha menester poco, tan sin sentido anda, que tropieza con las tornapuntas y piés de techos de los tablados. Al cabo de una hora, cansado y molido, sube la escalera de un tablado, porque ha parecido que es donde están las damas; llama en su puertecilla, por estar cerrada, tan desalentadamente, que cansados é importunados los mas cercanos, le abren; ve que no es allí, y sin acertar á responder á lo que le preguntan, se baja sin hacer caso de algunas razones pesadas que le han dicho; vuelve á encaminar la vista en lo lóbrego de aquella estancia, y ve que se baja el que le alquiló los asientos; alégrale el ver que ya ha acertado; dale la garrafa para que beba; bebe como un sediento, y luego le dice que alcance á las damas aquella merienda; hácelo, y él se queda detrás de todos. A poco rato plantan la mesa sobre sus pecadoras basquiñas para merendar, y el pobre estudiante en Escoto apenas puede alcanzar, con que las estudiantas tomistas engullen á cuenta del escotista. Dícenle si quiere merendar, y él responde que no tiene gana; y es verdad, que los enamorados que están cerca de alcanzar sus deseos no se acuerdan de comer, que tambien sustenta amor como la calentura, y el primer hombre no conoció la necesidad hasta que pecó. Danle, aunque con algun trabajo, la garrafa, y él bebe, porque la saliva que hace en su boca parece ajonge cocido. Acaban de merendar, y sosiégase. Prosigue la fiesta, y llega el fin, tan cierto á todas las cosas del mundo. Levántanse sus majestades, y la gente hace lo mismo, y nuestro darista se alegra en ver la fiesta acabada. Bájase del tablado, y ellas, al apear, sin acordarse de la garrafa, la quiebran; angústianse á lo taimado, y el rufian dice que no importa: la una, codiciosa de la corchera, se la quiere llevar, y el mucho estorbo selo impide. Procuran salir de la plaza, consíguenlo, y dicen al caballero Dardin que guie á la Trinidad; ya van dando mas gravedad al pecado, pues para su ajuste citan lugares sagrados. Hácelo, llegan á su

lonja, y páranse. Dice doña Luisita: Ahora bebiera yo un poco de limonada. Yo tambien, dice doña Juana, con que al pobre diablo le es fuerza guiar donde la hay; empiezan á echar cuartillos y á llenarse ellas como pelotas ó como quien son hasta que no quieren mas; ajusta lo que debe, paga, y queda ajustada la vuelta del doblon. Salen fuera, y él guia donde le ordenan; llegan á la calle, en que piensa este animal tener pesebre; y antes de llegar á la casa, los sale una moza al encuentro, diciendo: Desdichada de mí, que ha dos horas que está mi señor aguardando, hecho un renegado; anden ustedes aprieta. Con que doña Juana alarga el paso, y doña Luisa se queda consolando á nuestro pagote; dícele que espere en la cera de en frente hasta que ella le avise, que será en yéndose el hermano, que es un demonio. Quédase el galan á la luna, si la hace; á ratos se arrima, y á ratos se pasea, siempre el oido atento á la puerta, por si le llaman. Pásase el tiempo, dan las diez de la noche, cánsase de esperar, y determina el llegar á la puerta; hácelo, no ve á nadie, entra dentro, nota un callejon oscuro, síguetele, y por el tiento halla una escalera; no se atreve á subir; escucha, y oye entre el silencio que maya un gato, y un perro le responde con su ladrido, á cuya disonante capilla llora un niño, y quien le acude al ruido de la cuna canta así:

En las orillas del Nilo  
El engaño se hospedó,  
Y por agentes buscó  
Mujer, lance y cocodrilo.

Sale á la calle, sin hacer caso del romance, que si le hiciera, admítírale por desengaño; levanta los ojos á la casa, nota que sus cuartos dan señales de hospedar mas que á doña Juana, y tómalas para otro dia. Si se empezó á perder este hombre desde por la mañana, continuándolo todo el dia y la mejor parte de la noche, pues aunque no llegó á ejecutar sus deseos, harto pecó con el pensamiento y la palabra y con todas las obras exteriores que pudo, ¿qué mucho que como á perdido le tratasen estas mujeres, haciendo burla dél? Oye las once de la noche, y vase á su casa; llama á la puerta, ábrele su mujer, el rosario en las manos, y las lágrimas en los ojos. ¿Es posible, Fulano, dice afligida, que tenga corazon para estar todo un dia sin venir á su casa, sabiendo del modo que la dejó, que si no fuera por un pan que me han prestado, no sé qué fuera de mí y estas criaturas? ¿Qué es esto en que anda? ¿En qué se ha entretenido desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche? Lloro la afligida mujer, y él, como ve la demasiada razon que tiene, calla y se va desnudando, y al son de lágrimas y quejas se queda dormido. El mayor consuelo que lleva un hombre desterrado es que le hagan compañía virtudes y buenas obras; pero á este que se destierra de vivir; ¿quién le hará compañía en el inter que se ensaya á morir? Miren lo que ha ejercitado todo el dia; que de ordinario son los sueños confusas especies de aquello que se obró, vió y oyó; mala compañía le hará la memoria.

Si este hombre, cuando vió la desvergüenza que las taimadas tuvieron en el almuerzo, se fuera á la mano y se acordara de sus obligaciones, vaya; pero embriagado de amor no hizo caso en todo el dia que era casado y tenia hijos, ni se fué á la mano en cincuenta reales de almuerzo, ni en ochenta de asientos, ni en cincuenta de merienda, ni en treinta de garrafa, ni en un dia perdido siendo azacan de dos estafadoras.

Apenas amanece cuando llama á la puerta de la casa el carpintero de los asientos. ¿Quién es? dice la mujer, que vestida se ha quedado sin acostarse, llorando sus cuitas. Sale á abrir; preguntale qué quiere, y él dice que le diga al señor Fulano que viene por los seis reales de á ocho de los asientos del tablado. La mujer se estira de cejas y suspira. Entra, y dícele á su marido: Mire usted que vienen por seis reales de á ocho de los asientos de ayer; en verdad que no se alquilaron para mí, que con tener que comer me hubiera contentado. Empieza á renovar la afligida mujer la llaga de su congoja, y él se viste al mismo son que se desnudó, hasta que las lágrimas de la mujer le obligan á decir que no es él el que los debe, que es un amigo que le trajo todo el dia ocupado; la mujer calla y siente, y él siente y calla. Acábase de vestir, y viene un recado del vidriero que envíe el garrafon, que le han menester. Responde que luego le llevará. Sale de casa, síguete el carpintero, á quien despacha con buenas palabras, diciendo que luego ha de cobrar unos dineros y tendrá cuidado de pagarle, que le perdone, que por no dar disgusto á su mujer no le pagó en casa. Acobárdale luego el acordarse que no tiene un consuelo para sus hijos, y dice entre sí: ¿Es posible que la fortuna me siga deste modo? ¿Que tan pobre sea yo? Hombre, sin razon de hombre, si lo que gastaste ayer mal gastado lo guardaras, bien tuvieras para hoy, y tuvieras quietud en tu casa; como tuviste brio ayer para buscar prestado, sin necesidad, busca hoy, pues necesidad tienes. A este galan de doña Juana le es fuerza, para pagar los asientos y la garrafa y desempeñar el rosario y tabaquera, vender una prenda ó hacer una trampa; y por la casa donde debe el doblon no se atreve á pasar hasta que lo paga, y si se acuerda de doña Juana, y quiere ver si puede alcanzar paga del gasto pasado, se detiene, porque no tiene, que ya sabe que se han de ofrecer gastos nuevos. Abrid el ojo, mentecatos, que andan ladrones con taleguillas de lienzo.

¿Qué te parece, Onofre, prosiguió Juanillo, de lo que has oido? Pues cree que pasa del mismo modo, y no hablo de la que no halla maula y vende la camisa para ver los toros, ni de la que, despues de la fiesta acabada, yendo con su galan, le sucede el enfado, porque otro la conoce, y se ofende del que va con ella, y no se ofende della, que es la causa de todo. Tal dia como el de toros en Madrid cree que suceden cosas notables, que para escribirlas era menester un molino de papel.

Otros amigos se sientan cuatro juntos, y el no llevar que merendar al tablado les parece que es mengua en gente conocida; ordenan la merienda, como para veinte

personas, que ya saben que en el tablado se ha de dar á los conocidos y á los cercanos en asiento, aunque no lo sean, mucha bebida en una garrafa grande con mucha nieve, y de respeto una bota de buen tamaño para recebar. Vanse á la fiesta solos y sin sus mujeres, porque dicen que es grande estorbo para un hombre la mujer propia. Llega la hora de merendar estos amigos, y antes de probar bocado van repartiendo con los conocidos. Está cerca dellos una mujer que toda la tarde ha estado tapada, y así que los ve merendar, saca de los guantes dos blancas manos, llenas de sortijas de azabache, que aunque negras, campean entre los libres dedos; compone el manto, y al intentarlo descubre el rostro; hace reparo uno de los cuatro amigos, y dice entre sí: No es mala la tapada. Toma de la mesa, que armada está sobre las rodillas, lo mejor que hay, y se lo da á esta dama; y ella sin melindre alguno alarga la mano y lo toma; con que le parece á este tonto que ya es suya, como si fuera nuevo en las mujeres el tomar, y dar muchas pesadumbres. Otro amigo, que lo ha visto muy colérico, con juramentos dice que se vaya poco á poco, que parece que para él solo se ha traído la merienda; y este colérico se ha enojado por no haber sido él el primero en aquel empleo: el galante responde algo enojado, con que la amistad está á pique de quebrar; sosiéganse, y acuden á merendar; pero ya no hay mas que desperdicios del partir; van dando de beber á todos, sin descuidarse de la dama el que empezó. Acábase el vino de la garrafa y bota, siéndoles fuerza el buscar un peon de los que andan la plaza para que lo traiga; convidase uno de ir, y danle entre los cuatro amigos para cuatro azumbres de vino de lo bueno, y él trae tres de lo largo, y suple la falta de la azumbre echando agua. Dice uno bebiendo: Este vino es barato; bien lo digo yo, que habia de ser así. Otro responde: Ya no tiene remedio; ¿qué importa? El no importa deste lugar vale mas que otros reinos. Acábase la fiesta, y el galante se queda aguardando á la dama: los tres le llaman y dan priesa, y él dice que se aguarden ó se vayan. Llégase á ella, y dícela muy tierno que le mande. Responde que le estima el agasajo, pero que le haga gusto de irse, porque es casada, y vendrá allí su marido, á quien espera. Con esto se despide el tonto, y ella se queda aguardando á quien ya sabe. Y no te quiero cansar en otros lances que suceden, y de ordinario por mujeres; pues se ven en los tablados pendenicias y cuchilladas: uno que pierde la capa, y otro que se la halla; uno se quiebra una pierna, y otro que le llevan á la cárcel, y le cuesta su dinero, y no ve la fiesta; y destas cosas, un sin fin de boberías, y sabe Dios si muchos de los de merendonas en tales dias, y asiento en delantera de tablado, tienen la camisa con mas remiendos que años su edad; y podrá ser que á otro dia no haya con que poner la olla, si no se busca prestado; y para ver los toros no ha de faltar, aunque se hundo el mundo. Vanse, en fin, los cuatro amigos juntos, y dice el uno: Yo no he merendado bocado; otro dice que no ve los bultos de hambre; otro dice: Vamos á un figon, bus-